

FILHA E MÃE: DESENCONTROS DISSIDENTES

Tatiane Marques de Oliveira¹

Brenda Ríos nasceu em Acapulco, México, em 1975. É ensaísta, poeta e tradutora. O presente relato: “Quiero hablar con Dios pero apareces tú, madre” foi publicado no livro *Maneras de escribir y ser / no ser madre* (2021), uma coletânea de relatos com a temática da maternidade em que várias vozes, de diferentes autoras, compartilharam uma história diferente, seja do lugar de mãe ou o de filha.

Traduzir o presente relato apresentou desafios, não apenas por sua escrita estar recheada de referências e expressões, mas sobretudo pelo conteúdo, por se tratar de um texto no qual todos podemos nos reconhecer. Esse processo de tradução passou por profundas páginas nas quais a cada leitura algo novo aparecia; vocês verão, se verão, nesta filha que é a voz principal do texto e serão, assim como eu, seduzid@s pela escrita da autora. Como podemos verificar no relato: “É nesse “reconhecimento” que acontece o literário, o que tem valor artístico: há uma palavra genuína que ajuda a desvelar o que não sabíamos que estava coberto”.

O presente relato está inserido dentro da temática que hoje se entende por “maternidades dissidentes”, que diz respeito às experiências maternas que divergem do que imaginamos ser uma experiência natural da maternidade, uma experiência de vida que está em conflito com o que comumente entendemos por “instinto materno”. Como já podemos verificar na primeira parte do texto: “Passei metade da minha vida me defendendo, abrindo meu caminho entre uma avalanche de familiares, de um exército de tias enormes e poderosas, das advertências paternas e maternas, para que me casasse e tivesse filhos. Não queriam outra coisa de mim. Com o tempo, eles se resignaram, que é a maneira mais triste de aceitar as decisões de alguém”. Veremos uma mãe que não responde a esse ideal materno, bem como, essa voz da citação acima, que é uma filha que nega esse lugar da maternidade. Em outras palavras, o próprio texto é, com excelência, um relato de dissidência. Será a partir do relato dessa voz principal que iremos esbarrar com uma mãe dissidente e uma não-mãe, uma filha, que nega e relata esse lugar.

No que diz respeito à tradução, imprimir o estilo da autora foi uma das tarefas mais desafiadoras e relacionais. Colocar-se no lugar do outro sem anular a sua voz foi o mais intrigante. Ríos constrói esse relato com muitos detalhes, seu texto possui uma cadência de períodos intercalados com muitas vírgulas, as quais estão sempre isolando e intencionando,

¹ Graduada em Letras. Bacharelado Português e Espanhol.

tensionando a profundidade de seu texto. Foi complexo manter esse recurso tão essencial para a narrativa.

Nesse sentido, é no contato com outra língua que percebemos o nosso Outro mundo. Por exemplo, nos deparamos com a passagem “sólo había de comer tortillas con salsa de chile” e reconhecer nessa sentença o nosso “feijão com arroz”, um prato que, como aquele é o mais básico da culinária de seu país, foi algo divisor. Frente a isso, tive que escolher entre traduzir para “feijão com arroz” ou manter as “tortillas con salsa de chile”. A escolha foi manter como no texto de partida, permitir que o leitor esbarre com o estrangeiro, sinta, quem sabe, um certo estranhamento e não se esqueça que está frente a uma tradução, que está, em alguma dimensão, frente à outra cultura, mas que de alguma maneira partilhamos de um lugar comum e que nisso se construa um espaço para o reconhecimento, um espaço em tradução.

Portanto, estou imensamente feliz de poder trazer esse texto para o português e para o público brasileiro, que assim como o de partida também é latino e compartilha, de alguma maneira, desta cultura patriarcal na qual as famílias latino-americanas estão submetidas, tema central no presente relato. Nele veremos mulheres, solteiras, casadas, viúvas, mães dissidentes, que são atravessadas por uma cultura que as colocam em um lugar marginal e que aqui ganham voz, a sua dor ganha uma voz que é a mesma de muitas mulheres. Por fim, trata-se de um relato que, pela forma como é contado, ganha o estatuto de literário e que, por isso, tem a potência de exprimir a vida de muitas mulheres.

QUIERO HABLAR CON DIOS PERO APARECES TÚ, MADRE

a)

El título de este texto es una paráfrasis del verso de Anne Sexton: *Mother, each time I talk to God, you interfere*. Y sí, las madres son las pulcas intervencionistas de la historia Grande y Pequeña de nuestras vidas. Son un Dios más poderoso que Dios porque tienen, en efecto, un campo de acción directo y sin escalas: están ahí, cuidan, protegen, alimentan pero también definen, siegan, cortan de tajo todo lo que podría haber sido hermoso. Son el trauma vivo a todo color, lo invisible detrás de los telones oscuros de nuestra identidad, la voz que creemos propia. Son la sombra y la luz hasta que logramos crear nuestra propia obscuridad y la capacidad de iluminarnos.

No tuve hijos. Logré cortar esa cuerda milagrosa de la obligatoriedad, el amor forzado, el amor institucional; corté la línea de sangre que debía cumplir, no hice lo que debí hacer porque eso, sólo eso, era lo que me esperaba. No quise ser el peso, la figura excelsa, el pastel de betún para nadie. Todos alaban el amor que es posible conocer únicamente por la experiencia misma. Una experiencia endiosada. La maternidad es lo más divino que existe, afirman. Lo sagrado, lo intocable.

Una amiga cercana me contó que su esposo, una vez que nació su único hijo, dejó de mirarla igual y de tocarla. Tardaron dos años en recuperar su vida sexual. Ella dejó de ser el objeto de deseo para convertirse en <<la madre de su hijo>>: una estampa hermosa para el hombre promedio latinoamericano, católico o no, de la clase social que sea.

Yo pasé la mitad de mi vida defendiéndome, abriéndome camino entre un alud de familiares, de un ejército de tías enormes y poderosas, de las advertencias paternas y maternas, para que me casara y tuviera hijos. No querían otra cosa de mí. Con el tiempo se resignaron, que es la manera más triste de aceptar las decisiones de alguien.

b)

Pude haberlo hecho. Tendría un hijo o hija de veintitrés, veinticuatro años ahora. Iría a la universidad, tendría novia, novio, un empleo, quién sabe. Sería yo una madre terrible, odiosa, sobreprotectora, eso no lo sé. Nadie sabe qué tipo de madre será hasta que lo es, supongo. En un mundo paralelo me habría animado, por qué no. Las mujeres podemos hacer todo, insisten. Nos ponen el traje de heroínas desde pequeñas si crecemos en familias con cierta autoestima y un poco de conciencia del otro.

De niña conocí muchos niños pobres. El hijo de la señora que nos ayudaba en la casa, a quien su madre lo castigaba con el cable de la plancha, con la misma con la que dejaba impecable mi uniforme y la ropa de trabajo de mis papás, era un niño asustadizo, sujeto al malhumor materno. Ese niño tenía mi edad. Y ya sabía lo que era no ser querido.

Una vez mi hermano y yo fuimos a la casa de enfrente de la nuestra. Vivía una familia muy humilde que la cuidaba y sus hijos tenían nuestra edad. Estábamos jugando y llegó la hora de la comida. Nos invitaron a quedarnos. Mi hermano y yo supimos disimular la sorpresa: sólo había de comer tortillas con salsa de chile. Era todo. Comimos, agradecimos y fuimos a nuestra casa. No dijimos nada de eso. Pero fuimos conscientes de que la pobreza era algo que sucedía: unos están mejor que otros. A unos los castigan con severidad y a otros no. Mi hermano era blanco y con pecas. Todos lo amaban. Era travieso. Lo celebraban. Yo, en cambio, a pesar de ser la mayor, era tímida. Fui a cinco escuelas en la primaria, mi hermano a seis. No hicimos amigos que duraran. Él, al menos, con ese carisma pronto fue amigo de los chicos del barrio, la mayoría hijos de personas que se dedicaban a vender algo en la playa o que empleados de hoteles. Mi timidez me mantuvo en mi cuarto. No me dejaron aprender a andar en bicicleta. No me dejaban salir a menos que fuera con mis primos. Fui una chica <<de casa>> como hasta los quince o diecisiete años. Nunca le dije a nadie, por ejemplo, que el tipo que mi papá tenía en la casa para ayudar con lo que hiciera falta, que debía llevarnos a la escuela y así, le gustaba quitarme la ropa y pasar su lengua por mi vagina; yo debía tener unos ocho años. Mi papá lo iba a despedir después pero no por eso. Eso nadie lo supo. No sabía que era algo anormal. Tampoco tuve vergüenza. Pero sí sé que prefería guardarme lo que me pasaba para mí misma. Nos cuidaron muchas chicas, a mi hermano y a mí, algunas más buenas que otras. Hubo crueles.

Mis padres trabajaban todo el día. En la casa el cuidado paterno era un sacrificio que se sentía en todas partes. Pagar la casa, cuidarnos, el uniforme listo, las comidas a la hora. La rutina es lo que hace ser a una familia, entendí: los horarios para comer, la hora de llegada de los padres, ir a la escuela. El día que esa rutina se rompió mis padres serían enemigos en una guerra sangrienta y tan exitosa que destrozaron lo que tenían, incluyéndonos. Mientras eso pasaba, yo estuve en mi cuarto años enteros. Leyendo de prestado. No recuerdo mucho. No fue traumático. Cuidaba a mi hermano cuando era pequeño pero luego dejó de serlo y a él, como niño, le tocó la calle. A mí, como niña, me tocó la casa.

Nadie nos dice qué va a ser definitivo para nuestra experiencia cuando crecemos. No sabemos amar, no sabemos comparar. No sabemos qué es bueno, qué no lo es. Crecí con dos padres cansados. Y con distintas maneras de entender dar amor y disciplina. Mi hermano se casó con una mujer que le da órdenes y yo elegí no quedarme encerrada en el cuarto. Me habían dicho demasiado tiempo cuál era mi lugar. Y no era suficiente. No sabía bien a bien qué quería pero sí sabía que debía buscarlo. Al menos. Me lo debía.

c)

<<Al día siguiente, en el desayuno, le preguntó a su mamá: ¿Soy feo? Ella suspiró. Bueno, hijo, a mí no te pareces. ¡Los padres dominicanos! ¡Qué joyas!>> dice Junot Díaz en *La maravillosa vida breve de Óscar Wao*. Bueno, pensé yo, no sólo los padres dominicanos. Una vez mi madre me miró muy intensamente y yo la miré de vuelta y dije: Ay, hija, de haber sabido que saldrías inteligente habría comido mejor, pero entonces no teníamos mucha información como ahora. Yo me quedé muda. Así las cosas.

<<Ella era mi mamá dominicana del Viejo Mundo y yo su única hija, la que había criado sola, sin ayuda de nadie, lo que significaba que era su deber aplastarme.>> Díaz sabe bien cómo puede tratar una madre a su hija: la agarra bien, la destruye y la hacer sentir una mierda. Forma parte del crecer librarse de eso. Una vez que la hija se <<zafa>> de la madre puede ser ella misma. He conocido a muchas mujeres adultas, exitosas, que no lo logran: la madre sigue ahí, dentro, ocupando el espacio censor y militar que le fue asignado: un altar invisible que ocupa territorio como el más gordo de los budas.

El personaje de Díaz describe no sólo a un tipo de madre de orden geográfico sino a una madre de Orden Universal, insiste:

Si no se criaron como yo, entonces no saben, y si no saben probablemente sea mejor que no juzguen. No tienen idea del control que ejercen nuestras madres, incluso las que nunca están presentes... sobre todo las que nunca están presentes. No saben lo que es ser la hija dominicana perfecta, lo cual es una forma amable de decir la esclava dominicana perfecta. No saben lo que es ser criada por una madre que nunca ha dicho una sola palabra positiva en la vida, ni sobre sus hijos ni sobre el mundo; siempre suspicaz, criticando y arrancando los sueños de raíz.

No quiero hablar de la cantidad de veces que escuché a alguien decir: Pude haber sido tal y cual cosa pero mi madre me dijo que no era bueno, que no valía la pena. Las madres arropan mientras ponen para siempre esa mano en el cuello. Un amor de asfixia, pero que nos enseñan a valorar y poner por encima de la Patria y los dioses y de una misma en la escuela primaria; un valor otorgado por todos, amigos, familiares, medios de comunicación, *mass media*, la cultura pop. Nosotros somos un tiro al blanco y las madres la flecha que acierta. Siempre. Es un cliché que funciona.

Las madres saben. Sospechan. Presienten. Pero sobre todo, califican. Dicen ese hombre no es bueno. Ese proyecto no te conviene. No confíes, te van a timar. Ten cuidado con todas tus amigas que te dicen Querida o Amiguita. Ésas son las peores, fue una Amiguita la que se fue con tu padre, no lo olvides.

Y sí, las madres son tan sabias, tan conocedoras de lo peor de la vida real que parece que salen a medianoche y tienen reuniones con otras madres en el mundo porque lo saben todo, todo. Coño, si la

CIA
o la
KGB

supieran lo que saben ellas no habría necesidad de oficinas de inteligencia del Estado.

Pero, con todo, yo aún tenía un poco de fe. A los treinta años me dio el famoso golpe del relojito biológico y quise un hijo; no se pudo. Mi exesposo estaba obsesionado con ser el mejor músico del país o del mundo, da igual, y no quería ser padre. Al final nos sepáramos, no por eso sino por otras cosas. Lo de los hijos fue la punta del iceberg. Doce años después de esa historia sucede que yo no tuve hijos y él se casó con una mujer que tenía dos. Así que él tampoco tuvo hijos pero cría éhos. No me sentí ni bien ni mal. Me dio una especie de conciencia de los juegos del destino, sólo eso.

En *Apegos ferozes* Vivian Gornick, una escritora de origen judío, crecida y radicada en Nueva York, cuenta su relación con su madre. Es una biografía a medio camino entre la crónica, el ensayo y las memorias. Cuenta del sacrificio que hizo su madre al quedarse viuda. Porque se rindió. Si una no tiene hombre a quien amar la existencia no tiene sentido. Tardó años en reponerse. Mientras, los hijos crecían como podían. No es un repaso sentimental ese libro, al contrario, es una radiografía que hace evidente lo que ya sospechábamos: las grietas siempre están ahí. Cuenta —con frialdad casi quirúrgica— los detalles de su vida afectiva, lo que la madre marcó en su desarrollo, en su ideología sentimental. La epistemología del amor de las madres es, pues, necesariamente, una entelequia para salir al mundo con las pocas o muchas herramientas. El peso de la responsabilidad es enorme.

La autobiografía de Gornick justo trata de la enorme dificultad que debe ser eso: contar sin melodrama la historia de una relación filial que pudo haber sido sentimental. Evita el exceso.

Es un libro frío, incluso. Es por eso que cala bien: si se hubiera ido a lo meloso al relato se lo come el testimonio y no tendría mayor valor que la historia de una persona X en el mundo. Una persona con problemas. Lo que Gornick concede es una historia personal que pertenece a muchas mujeres. Eso es el punto de quiebre y donde un relato se vuelve literario: una persona con problemas es muchas personas con problemas. No hablo de <<verme reflejada>> sino de reconocer lo que ahí está dicho. Y en ese <<reconocer>> sucede lo literario, lo que tiene valor artístico: hay una palabra genuina que ayuda a destapar lo que no sabíamos que estaba cubierto.

Mi madre y yo tenemos la misma charla hace años. Se trata de contar qué comemos y cómo estamos. Nos amamos, por supuesto, es sólo que ese amor ha sido construido en la vida adulta, en la concesión y en el relajamiento de lo que creíamos que el amor debía ser, espontáneo, algo preparado. Nada más falso que eso. El amor es una posibilidad siempre y cuando la gente no dé por hecho que se debe tener de modo natural como tener frío o calor o una enfermedad terminal. Aprendimos a vernos. A saber lo que la otra piensa y disentir sin tener la gana de aplastarnos. Aprendimos a vernos. Y la delicadeza, la asimetría, la falta de buen gusto de ese aprendizaje es un trabajo que apenas comienza. Mi madre ahora no tiene nada que ver con la mujer ocupada en tener un empleo y mantener un marido en casa y ser la anfitriona perfecta y tener flores y fingir pasarl bien con los amigos, porque lo peor que le podría pasar a esa mujer era perder al hombre (como a la mamá de Gornick). Lo cual sucedió. Y eso, una vez que la dejó en ceros, destruida y en bancarrota, hizo que se replanteara todo. Muchos creen que es una santa. Y yo no los desmiento. Esas madres son un pasado vivo: criadas para el amor que debía ser durable como los buenos muebles, las casas bien hechas, los países fuertes. Madres que tuvieron que aprender a estar solas. Viudas, divorciadas, que resistieron mucho. Mujeres de otro tiempo: ciegas como caballos trotando sin saber a dónde, cómo hacerlo, sólo viendo el trecho minúsculo de camino delante.

Yo escribo. Quizá porque me gusta quedarme al final de las películas y poder hablar de ellas. El escritor sobrevive. ¿Y quién no quiere sobrevivir? El escritor ama lo que escribe (a veces) y quién no quiere amar así sea algo que no existe. La escritura me salvó de creer que una persona como yo sólo podía obedecer; no exagero si digo que la escritura me dio un cuerpo y supe lo que debía hacer.

QUERO FALAR COM DEUS MAS APARECE VOCÊ, MÃE

a)

O título desse texto é uma paráfrase do verso de Anne Sexton: *Mother, each time I talk to God, you interfere*. E sim, as mães são as intervencionistas mais puras da Grande e Pequena história de nossas vidas. São um Deus mais poderoso que o próprio Deus, pois possuem, com efeito, um campo de ação direta e sem escalas: estão aí, cuidam, protegem, alimentam, mas também definem, cegam, podam de vez tudo o que poderia ter sido bom. São o trauma vivo

representado em todas as cores, o invisível por trás das obscuras telas da nossa identidade, a voz que acreditamos ser a nossa. São a sombra e a luz até que alcancemos criar nossa própria escuridão e a capacidade de iluminarmos.

Não tive filhos. Decidi cortar esse cordão milagroso da obrigatoriedade, o amor forçado, o amor institucional; cortei a linhagem de sangue que devia cumprir, não fiz o que devia fazer porque isso, somente isso, era o que me esperava. Não quis ser o peso, a figura exaltada, a cereja do bolo para ninguém. Todos enaltecem o amor que é possível conhecer somente pela sua experiência. Uma experiência divinizada. A maternidade é o mais divino que existe, afirmam. O sagrado, o intocável.

Uma amiga próxima me contou que seu marido, depois que nasceu seu primeiro e único filho, parou de olhar para ela da mesma maneira e de lhe tocar. Passaram-se anos para recuperar sua vida sexual. Ela deixou de ser o objeto de desejo para se converter na “mãe do seu filho”: uma imagem bonita para o homem médio latino-americano, católico ou não, da classe social que seja.

Passei metade da minha vida me defendendo, abrindo meu caminho entre uma avalanche de familiares, de um exército de tias enormes e poderosas, das advertências paternas e maternas, para que me casasse e tivesse filhos. Não queriam outra coisa de mim. Com o tempo eles se resignaram que é a maneira mais triste de aceitar as decisões de alguém.

b)

Eu poderia ter feito. Agora teria um filho ou filha de 23-24 anos. Ele ou ela faria uma faculdade, teria uma namorada, um namorado, um emprego, quem sabe. Seria eu uma mãe terrível? Odiosa? Superprotetora? Isso eu não sei. Ninguém sabe que tipo de mãe será até que seja, acho. Em um mundo paralelo eu teria me animado, por que não. Nós mulheres podemos fazer tudo, insistem. Nos vestem de heroínas desde pequenas, isso quando crescemos em famílias com certa autoestima e um pouco de consciência de classe.

Desde pequena, conheci muitos meninos pobres. Como o filho da senhora que nos ajudava em casa, a quem a sua mãe castigava com o cabo do ferro de passar roupa, com aquele ferro que deixava o meu uniforme e a roupa de trabalho dos meus pais impecáveis. Era um menino assustado, sujeitado ao mau humor materno. Esse menino tinha a minha idade. Já sabia o que era não ser amado.

Certa vez meu irmão e eu fomos à casa do outro lado da rua, logo de frente para a nossa. Lá vivia uma família muito humilde, seus filhos tinham a nossa idade. Estávamos brincando até que chegou a hora do almoço. Eles nos convidaram para ficar. Meu irmão e eu soubemos dissimular, disfarçar a surpresa: só tinha para comer tortillas com molho de chili. Isso era tudo. Comemos, agradecemos e fomos para a nossa casa. Não tocamos no assunto. Mas voltamos conscientes de que a pobreza era algo que acontecia: alguns estão melhor do que outros. A uns ela realmente castiga e a outros não. Meu irmão era branco e com sardas. Todos o amavam.

Era travesso. O celebravam. Eu, o oposto. Apesar de ser a mais velha, era tímida. Passei por cinco escolas no primário, já meu irmão, por seis. Não tivemos amizades duradouras. Meu irmão, ao menos, com aquele carisma dele, foi amigo de vários meninos do bairro, a maioria era filho de pessoas que vendiam coisas na praia ou trabalhavam em hotéis. Já a minha timidez, me manteve no meu quarto. Não me deixaram aprender a andar de bicicleta. Não me deixavam sair a menos que fosse com meus primos. Fui a menina “da casa” até meus 15-17 anos. Não contei nada sobre, por exemplo, que aquele cara contratado pelo meu pai para ajudar no que fosse preciso, como nos levar para a escola, gostava de tirar a minha roupa e passar a língua pela minha vagina; eu devia ter uns oito anos. Depois meu pai acabou mandando ele embora, mas não por isso. Isso, ninguém soube. Não sabia que era algo anormal. Também não tive vergonha. Só sei que preferi guardar o que acontecia para mim. Muitas mulheres cuidaram do meu irmão e de mim. Algumas eram mais boazinhas do que as outras. Tivemos as cruéis. Meus pais trabalhavam o dia inteiro. Em casa, o cuidado filial era um sacrifício que se sentia em todos os lugares. Pagar tudo, cuidar dos filhos, lavar o uniforme, dar comida na hora. A rotina é o que faz uma família, entendi: os horários para comer, a hora de chegada dos pais, ir à escola. No dia que essa rotina acabou meus pais se tornaram inimigos, entraram em uma guerra sangrenta com tamanho êxito que destroçaram tudo que tinham, incluindo a nós. Enquanto os anos passavam e tudo acontecia, estive trancada no meu quarto. Estava sempre lendo. Não tenho muitas lembranças. Não foi traumático. Eu cuidei do meu irmão quando ele era pequeno, só que os irmãos logo crescem. Como para todo menino, para meu irmão foi melhor sair de casa. E para mim, como menina, me coube o lar.

Ninguém diz que isso vai ser determinante para nossa experiência de mundo. Não sabemos amar, não sabemos decidir quando algo é bom ou ruim. Eu cresci com um pai e uma mãe já cansados. E com diferentes visões do que é dar amor e disciplina. Meu irmão se casou com uma mulher que manda nele, eu escolhi não ficar trancada em meu quarto. Já haviam me dito qual era o meu lugar. E não era suficiente. Não sabia muito bem o que queria, mas eu sabia que deveria buscar. Ao menos isso, eu sabia que devia.

c)

“No dia seguinte, no café da manhã, ele perguntou à mãe: Eu sou feio? Ela suspirou. Bom, filho, você definitivamente não se parece comigo. Pais dominicanos! Não dá para deixar de gostar deles!” Diz Junot Díaz em *A Fantástica vida breve de Oscar Wao*, pensei comigo, não só os pais dominicanos. Uma vez minha mãe me olhou muito intensamente e eu a olhei de volta e ela me disse: Ai, filha, eu se soubesse que você sairia inteligente teria comido melhor, mas naquela época não tínhamos tanta informação como agora. Eu fiquei sem reação. As coisas são assim.

“Ela era minha mãe dominicana do Velho Mundo e eu sua única filha, a que ela tinha criado sozinha, sem ajuda de ninguém, o que significava que era seu dever me sufocar.” Díaz

sabe bem como uma mãe pode tratar sua filha: a agarra firme, a decompõe e faz com que ela se sinta uma merda. Faz parte do crescimento se livrar disso. Só quando a filha consegue se “livrar” da mãe é que consegue ser ela mesma. Conheci muitas mulheres adultas, de sucesso, que não conseguiram: a mãe segue lá, dentro, ocupando o espaço censurador e militar que lhe foi assegurado: um altar invisível que ocupa o espaço inteiro como o mais gordo dos Budas.

O personagem de Díaz descreve não só um tipo de mãe de ordem geográfica, mas uma mãe de Ordem Universal, insiste:

Se não foram criadas como fui, então não sabem, e se não sabem provavelmente seja melhor que não julguem. Vocês não têm ideia do controle que nossas mães exercem, inclusive as que nunca estão presentes... principalmente as que nunca estão presentes. Não sabem como é ser a filha dominicana perfeita, uma forma amável de dizer a escrava dominicana perfeita. Não sabem como é ser criada por uma mãe que nunca disse uma só palavra positiva em toda a sua vida, nem sobre os filhos, nem sobre o mundo; sempre desconfiada, criticando e arrancando os sonhos pela raiz.

Não quero falar de quantas vezes já ouvi alguém dizer: Eu poderia ter sido isso ou aquilo, mas a minha mãe me disse que não era bom, que não valia a pena. As mães protegem ao mesmo tempo em que colocam as suas mãos em volta dos nossos pescoços. Um amor que asfixia, mas que nos ensinam a valorizar mais do que a Pátria, os deuses e o ensino fundamental; um valor outorgado por todos, amigos, familiares, meios de comunicação, mídia, a cultura pop. Nós somos o alvo e as mães a flecha que nos acerta. Sempre. É um clichê que funciona.

As mães sabem. Suspeitam. Pressentem. Mas, acima de tudo, qualificam. Dizem: Esse homem não presta. Esse projeto não te convém. Não confie, vão te enganar. Tenha cuidado com todas as amigas que te chamem de Querida ou Amiguinha. Estas são as piores, foi uma Amiguinha que foi embora com seu pai, nunca se esqueça.

E sim, as mães são tão sábias, tão conhecedoras do pior poder da vida real que parecem sair à meia-noite para fazer reuniões com outras mães pelo mundo, porque sabem de tudo, absolutamente tudo. Diabos, se a

CIA

ou a

KGB

soubessem o que elas sabem, não haveria necessidade de escritórios de inteligência governamental.

Apesar de tudo, eu ainda tinha um pouco de fé. Pelos trinta anos fui tomada pelo famoso golpe do relógio biológico e quis ficar grávida; não pude. Meu ex-marido estava tão obcecado em ser o melhor músico do país, do mundo, não importa, ele não queria ser pai. No final, nos

separamos, não por causa disso, mas por outras coisas. A questão de ter filhos foi a ponta do iceberg. Doze anos depois dessa história, eu não tinha filhos, e ele se casou com uma mulher que tinha dois. Portanto, ele também não teve filhos, mas criava os dela. Não me senti nem bem nem mal. Tive uma espécie de consciência das peripécias do destino, só isso.

Em *Afetos Ferozes* Vivian Gornick, uma escritora de origem judia, criada e radicada em Nova York, conta da relação com sua mãe. É uma biografia a meio caminho entre a crônica, o ensaio e as memórias. Ela conta do sacrifício que sua mãe fez quando ficou viúva. Porque ela desistiu. Se você não tem um homem para amar, a existência perde o sentido. Ela levou anos para se recuperar. Enquanto isso, os filhos cresceram como puderam. O livro não é um relato sentimental, pelo contrário, é um raio-x que evidencia o que já suspeitávamos: as cicatrizes estão sempre aí. Ela conta de maneira fria, quase cirurgicamente, os detalhes da sua vida afetiva, como a mãe a marcou no seu desenvolvimento, em sua ideologia sentimental. A epistemologia do amor das mães é, pois, necessariamente, uma marca para sair ao mundo com poucas ou muitas ferramentas. O peso da responsabilidade é enorme.

A autobiografia de Gornick trata justamente da enorme dificuldade disso: contar sem melodrama a história de uma relação filial que poderia ter sido sentimental. Evita excessos. Inclusive, trata-se de um livro frio. É por isso que está tão bem escrito: se tivesse seguido um relato piegas, a história seria consumida pelo testemunho e não teria mais valor do que a vida de qualquer pessoa no mundo. Uma pessoa com problemas. O que Gornick produz é uma história pessoal que pertence a muitas mulheres. Esse é o ponto de ruptura e onde um relato passa a ser literário: uma pessoa com problemas torna-se muitas pessoas com problemas. Não falo de “ver-me refletida”, mas de reconhecer o que ali está dito. É nesse “reconhecimento” que acontece o literário, o que tem valor artístico: há uma palavra genuína que ajuda a desvelar o que não sabíamos que estava coberto.

Minha mãe e eu temos a mesma conversa há muitos anos. Trata-se de dizer sobre o que comemos e como estamos. Nós nos amamos, é claro, acontece que esse amor foi construído na idade adulta, na concessão e no relaxamento do que achamos que o amor devia ser, algo espontâneo, pouco elaborado. Nada mais falso do que isso. O amor é uma possibilidade, desde que as pessoas não tomem como certo que ele deve acontecer naturalmente como sentir frio, calor ou uma doença terminal. Aprendemos a nos enxergar. Saber o que a outra pensa e discordar sem querer nos enforcar. Aprendemos a nos enxergar. E a delicadeza, a assimetria, a falta de bom gosto desse aprendizado é um trabalho que está apenas começando. Minha mãe agora não tem nada a ver com aquela mulher preocupada em ter um emprego e manter um marido em casa, em ser a anfitriã perfeita, em colocar flores, em fingir se divertir com os amigos, porque o pior que poderia ter acontecido com essa mulher era perder seu marido (como a mãe de Gornick). O que aconteceu. E isso, depois de deixá-la falida e destruída, a fez repensar tudo. Muitos acreditam que ela é uma santa. E eu não desminto. Estas mães são um passado vivo: criadas para um amor

que deveria ser durável como os melhores móveis, as casas mais bem feitas, os países mais fortes. Mães que tiveram que aprender a estar sozinhas. Viúvas, divorciadas, que suportaram muito. Mulheres de outro tempo: cegas como cavalos galopando sem saber para onde ir, como ir, vendo apenas o pequeno trecho da estrada à sua frente.

Eu escrevo. Talvez porque goste de ficar até o final dos filmes e poder falar sobre eles. O escritor sobrevive. E quem não quer sobreviver? O escritor ama o que escreve (às vezes) e quem não quer amar, mesmo que seja algo que não existe? Escrever me salvou de acreditar que uma pessoa como eu só poderia obedecer; não estou exagerando quando digo que escrever me deu um corpo. E eu soube exatamente o que fazer com ele.

REFERÊNCIAS

RÍOS, Brenda. Quiero hablar con Dios pero apareces tú, madre. *Maneras de escribir y ser / no ser madre*. (org.) LIERA, Sandra. México: Editorial Paraíso Perdido, 2021. pp. 122-128.